

EL ARTICULISTA ESPAÑOL.

NUM. 6. — 20 qtos.

MIÉRCOLES 20 DE ENERO DE 1813.

ARTICULO 16.

*El hombre que cree que puede pasarse sin todos los otros,
se engaña mucho ; pero el que cree que los otros no
pueden pasarse sin él, se engaña mas.*

(Máxima del Duque de la Rochefoncauld.)

El Supremo Autor de la naturaleza ostentó su poder, y la infinita estension de sus recursos dando sistemas diversos á los seres criados. De un modo existen, y se conservan los que no tienen movimiento propio. De otro modo se producen, y consumen los vegetales. De otro modo adquieren, y pierden la vida los que estan dotados del espíritu animal. De cada una de estas especies pueden hacerse tantas subdivisiones, tantas que estan averiguadas, y tantas que estan por averiguar, que no es posible dexar de admirar la incomprehensible grandeza del Criador, considerando sus obras baxo este aspecto.

El hombre es la mayor de todas. Destinado á ser el rey de la naturaleza, recibió una alma racional, don inapreciable de que fueron privadas las otras criaturas ; don que le asegura el señorío y la dominacion de todo lo criado, y don que con las cualidades, que le son anexas, le constituyen como la suma, y el compendio del universo, un mundo pequeño (microcosmos). No son propriamente defectos la debilidad de las fuerzas del hombre, la limitacion de sus conocimientos, su torpeza en la primera edad, y otras muchas cosas que pudieran re-

ferirse. Son propiamente qualidades, cuyo conjunto de al hombre la de sociable, otro don de mucho aprecio, que nos proporciona goces y comodidades sin número.

Considérese, si es posible considerarlo, un hombre nacido en una selva, sin otra compañía que la de una muger, nacida de su lado, y sin haber visto ninguno de ellos otras personas civilizadas. No es posible que hayan podido desenrollarse sus facultades intelectuales; no conocerán entonces otros objetos que los que los rodean, y estos muy imperfectamente. No sabrán aprovecharse, ni aun de los recursos que tienen en sí mismo. ¿De que les servirá el dote de la palabra que tanto los distingue de los brutos, y cuyo uso debe serles enteramente desconocido? Vivirán como los animales irracionales, con la desventaja de estar expuestos á mayores peligros por la debilidad de sus fuerzas físicas, destituidas de los auxilios, con que el arte las ha aumentado.

Yo no puedo persuadirme que ningun escritor de tantos como han hablado de esto, haya creído de buena fe que es posible la existencia del hombre fuera del estado de sociedad. El haberlo supuesto, ha sido precisamente figurar una hipótesis, para hacer mas perceptibles sus sistemas, para hacer mas clara la explicacion de los pactos sociables, y para establecer un punto, desde donde puedan medirse los progresos de la cultura y de la política. El hombre nació para la sociedad, y no puede existir fuera de ella, sino oprimido, embrutecido, degradado, en una palabra, destituido de las qualidades principales del hombre.

Siendo por la naturaleza sociable, tiene por la misma naturaleza relaciones de dependencia con respecto á los otros individuos de la sociedad. Esta dependencia es tan natural al hombre, como su existencia misma. Los conocimientos prácticos confirman, manifiesta é indudablemente estas verdades. Fíxese la vista sobre qualquiera hombre, sobre el individuo de qualquier clase, sobre el potentado de mayor grandeza, y al rededor del alto puesto en que le ha colocado la fortuna, en medio de los bienes inmensos que goza, entre el aparato mas imponente de la autoridad, entre el fausto, entre la abundancia, entre la magnificencia, se descubrirán, y algunas veces se verán por el ojo mas torpe y menos observador, las relaciones que constituyen aquel hombre miserable depen-

diente de los otros hombres no menos miserables que él; se verá que su existencia, tal vez depende de la conservación de aquellas relaciones.

Todos hemos nacido, los unos para los otros. Todos nos debemos oficios mútuos, que exige la naturaleza, y que exige la sociedad en que vivimos por el orden inmutable que prescribió el Autor de la misma naturaleza. Esta sociedad será mas ó menos perfecta, segun el periodo que toque. Segun el estado de mayor ó menor perfeccion seran nuestros derechos y nuestras obligaciones; pero siempre ha de haber las relaciones recíprocas que no pueden faltar sin que el hombre dexé de ser hombre.

Se engaña mucho el que cree que puede pasarse sin todos los otros. Es un ignorante que desconoce su mismo ser, y las cualidades, ó partes de que se compone. Reune á su ignorancia una soberbia necia, y un orgullo insolente; pero estos vicios se graduan, y son mucho mayores, en el que cree que los otros no pueden pasarse sin él. Este se empeña mucho mas. Un individuo, considerándose á sí mismo, es el todo para sí, y puede exigir las atenciones de los otros; pero un individuo, considerado en comparacion de la masa general de todos los hombres ó de todos los individuos de la sociedad, es un átomo imperceptible, que ni aumenta ni disminuye la suma total, porque no entra en la cuenta ó en el cálculo de un modo que pueda notarse.

Si fixamos bien la vista sobre estos hechos; si nunca la separamos de ellos, tendremos siempre presentes nuestras relaciones, y no nos olvidaremos jamás de que nada somos, y nada podemos sin la ayuda y los auxilios de los otros. De aquí nacerá el convencimiento de que nunca debemos considerarnos á nosotros mismos, sino con respecto al todo de la sociedad, y de aquí, que en todas nuestras operaciones, aun en las que parezcan mas indiferentes, debemos consultar al bien comun, y no separarnos de los principios y de las reglas que deben producirlo. Quando procedemos de otro modo, faltamos á nuestros deberes, y perdemos el derecho de exigir que los cumplan los otros.

El camino para el bien público es uno solo, con pocas ramificaciones, y que se reconoce muy facilmente si se busca de buena fe, separándose de las tortuosida-

des con que han procurado ocultarlo la que se llama política, y el interes de cada uno en obtener la mayor suma de gozes á costa de los menores sacrificios posibles. ¿En que consiste, pues, que son tan varias las opiniones, pretendiendo sostenerse todas, como dirigidas al bien comun? Consiste, en que para exâminarlas no se procede sin prevencion, ni se prescinde enteramente del interes individual, y consiste en que este interes no se entiende bien, porque no se conoce que no puede conseguirse su objeto, sino quando se consiga lo que interesa á todos.

La sociedad se compone de la parte que se llama Pueblo, y de las que constituyen las clases privilegiadas. Los intereses de la primera, son los intereses de la generalidad, y no puede haber equivocacion para fijarlos. Lo que quiere el pueblo es regularmente lo mejor, porque para formar su voluntad, apenas tiene influencia el interes individual confundido, é identificado con el de toda la comunidad. No sucede así con respecto á las clases privilegiadas. Sus intereses, como tales, estan en oposicion con los del Pueblo. Convenimos en que mientras los hombres no sean ángeles, es preciso que en su sociedad haya ciertas desigualdades, nacidas de las que ha producido la naturaleza, dando á unos mas talentos, y mejores qualidadesque á otros, y necesarias para mantener el órden de la misma sociedad, qualquiera que sea la forma del gobierno; pero quando se pretenda que la desigualdad sea mayor que lo que exigen estos principios, se pretenderá una usurpacion sobre los derechos comunes, y será indispensable el de resistir á viva fuerza.

¡Triste y lamentable el dia en que empieze este choque terrible! ¡Triste y lamentable para todos; pero mas triste y lamentable para las clases privilegiadas! Causando unas disensiones intestinas, y unas guerras civiles, se abrirá un teatro espantoso de horrores, de crueldades, y de crímenes. Encendido el fuego de la discordia en el Estado, y rotos los lazos sociales, se romperán tambien los que ha establecido la naturaleza; el hijo será el verdugo de su padre, el hermano verterá la sangre de su hermano, la esposa hará la acusacion de su esposo, el pariente desconocerá á su pariente, el amigo será contra su amigo; y finalmente, dividida la nacion en bandos el espíritu de partido será el único vínculo

que reste, vínculo para continuar los estragos, mientras haya víctimas que sacrificar.

¿Y quales serán las consecuencias de tantas calamidades, de tanta efusion de sangre, y de la desmoralizacion que aquella crisis debe producir? Es facil vaticinarlas, recurriendo á la historia de todos los tiempos. Un aventurero, atrevido y afortunado, que acaso no tendrá otros méritos que su osadía y su impudencia, se apoderará de todo, y empezará un gobierno despótico, que tendrá que afirmar por los medios del rigor y de la crueldad. Comenzarán de nuevo con su gobierno las proscripciones, los castigos, nuevas calamidades, y siempre males sin número. En nuestros dias nos ha ofrecido la nacion francesa un exemplo y una comprobacion bien tristes.

¿Y que habrán adelantado entonces las clases privilegiadas? Volverán las antiguas instituciones, cuya conservacion las ha llevado hasta promover tantos desastres. Volverán; pero los individuos de las clases privilegiadas que hayan podido salvarse del naufragio, no volverán á gozar de sus privilegios. Otros nuevos individuos los disfrutarán. Los que se hayan distinguido mas en los horrores, los que hayan servido mejor al tirano para proporcionar su usurpacion, compondrán la nueva nobleza, que ha de reemplazar á la antigua. Los menos morigerados, y los que sean mas á proposito para consolidar el despotismo, obtendrán las grandes rentas eclesiásticas. ¿Y quien sabe la religion que profesará el Estado despues de tanta tormenta, y de la relaxacion general que deve traer consigo? Los mas corrompidos, y que sean capaces de mas baxezas para con el tirano y sus satélites, lograrán los empleos de todas las carreras. Lo mismo sucederá en las otras clases. Todo será nuevo. El hombre de bien se tendrá por menos infeliz, si se le dexa sufrir y llorar la desgracia de la patria, en un asilo obscuro y miserable.

Una perspectiva tan funesta, debe hacernos cautos y fáciles á los justos sacrificios que sean necesarios para alejarla de nosotros. Observemos nuestras recíprocas relaciones; cumplamos los deberes que nacen de ellas; conozcamos nuestra mútua dependencia; convenzámonos de que si algunos nos necesitan á nosotros, son muchos mas aquellos á quienes nosotros necesitamos; y conven-

*

gamos, por último, en que el interes comun debe ser el objeto de nuestras atenciones, y es preferible siempre al interes particular. Conservemos la union; evitemos la discordia; y ¡ay de nosotros, ay de las clases privilegiadas si el pueblo tiene que acabar, como se ha dicho muchas veces, la revolucion, que el mismo pueblo empezó!

A P.

ARTICULO 17.

CONTINUA EL CRONISTA.

„En el consejo pleno de hoy se han publicado y mandado publicar y circular, en la forma acostumbrada, los dos reales decretos que siguen:

Habiendo aceptado la cesion de la corona de España, que mi muy caro y muy amado hermano el augusto Emperador de los franceses y Rey de Italia, Napoleon I, hizo á favor de mi persona, segun el aviso que se comunicó al consejo con fecha de 4 del corriente; he venido en nombrar por mi Lugar-Teniente General á S. A. I. y R. el gran Duque de Berg, segun se lo participo con esta fecha, encargándole que haga expedir todos los decretos que convengan, á fin de que los tribunales y los empleados de todas clases continúen en el ejercicio de sus funciones respectivas, por exígerlo así el bien general del reyno, que es y será siempre el objeto de mis desvelos. Tendrálo entendido el consejo para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca. = YO EL REY. = En Bayona á 10 de junio de 1808. = Al decano del consejo.“

„El augusto Emperador de los franceses y Rey de Italia, nuestro muy caro y muy amado hermano, nos ha cedido todos los derechos que habia adquirido á la corona de las Españas, por los tratados ajustados en los dias 5 y 10 de mayo, próximo pasado. La Providencia, abriéndonos una carrera tan vasta, sin duda que ha penetrado nuestras intenciones: la misma nos dará fuerzas para hacer la felicidad del pueblo generoso que ha confiado á nuestro cuidado. Sola ella puede leer en nues-

tra alma, y no seremos felices hasta el día en que, correspondiendo á tantas esperanzas, podamos darnos á Nos mismo el testimonio de haber llenado el glorioso cargo que se nos ha impuesto. La conservacion de la santa religion de nuestros mayores en el estado próspero en que la encontramos, la integridad y la independencian de la monarquía serán nuestros primeros deberes. Tenemos derecho para contar con la asistencia del clero, de la nobleza y del pueblo, á fin de hacer revivir aquel tiempo en que el mundo entero estaba lleno de la gloria del nombre español; y sobre todo deseamos establecer el sosiego, y fixar la felicidad en el seno de cada familia por medio de una buena organizacion social. Hacer el bien público con el menor perjuicio posible de los intereses particulares, será el espíritu de nuestra conducta; y por lo que á Nos toca, como nuestros pueblos sean dichosos, en su felicidad cifraremos toda nuestra gloria. A este precio ningun sacrificio nos seria costoso. Para el bien de las Españas, y no para el nuestro, nos proponemos reynar. El consejo lo tendrá entendido, y lo comunicará á nuestros pueblos. = YO EL REY. = En Bayona á 10 de junio de 1808. = Al decano del consejo."

Asi mismo se ha mandado circular la real órden siguiente, con la proclama que la acompaña.

"Ilmo Sr. El Sermo Sr. gran Duque de Berg, Lugar-Teniente General del Reyno, me ha pasado el adjunto exemplar de la proclama que los individuos de los Consejos, Grandes de España, y demas españoles que estan en Bayona, hacen á todos los que se hallan en estos dominios, para que Yo la remita á V. I., como lo hago, á fin de que el consejo la mande imprimir, publicar y circular inmediatamente, del mismo modo que se hace con todas las reales órdenes, decretos y resoluciones que se expiden por dicho tribunal. Lo que participo á V. I. de órden de S. A. I. y R. para su inteligencia y cumplimiento del consejo. Dios guarde á V. I. muchos años. = Palacio 13 de junio de 1808. = Sebastian Piñuela. = Sr. decano del consejo."

AMADOS ESPAÑOLES, DIGNOS COMPATRIOTAS.

"Vuestras familias, vuestros domicilios, vuestras for-

tunas, propiedades y vidas nos son tan recomendables y preciosas, como las nuestras mismas. Quisieramos teneros á nuestra vista para desengañaros. Fuimos tan amantes y adictos, como vosotros á nuestra antigua dinastía, hasta aquel término que prescribió la Providencia, dueño absoluto de las coronas y los cetros. Los mayores reynos están llenos de exemplares de su ilimitado poder; y nuestra España cuenta no pocos en todas las épocas de su historia. Un precepto irresistible, y un objeto recomendable, qual es vuestro bien, nos ha sacado de nuestra patria, y conducido á la presencia del invencible Emperador de los franceses. Llegamos sobrecogidos de su gloria y de su autoridad: os lo confesamos; pero resueltos á dirigirle incesantes súplicas por el bien general de una monarquía, cuya suerte es por necesidad la nuestra. ¿Qual habrá sido nuestra sorpresa quando antes de que se verificasen hemos encontrado en S. M. I. y R. las mayores demostraciones de afecto y humanidad, tanto mas admirables, quanto es mas grande su poder? Sus benéficos deseos no son otros que los de nuestra conservacion y felicidad. Si nos ha dado un soberano que nos gobierne, es á su augusto hermano José, cuyas virtudes son admiradas por sus actuales vasallos: si trata de modificar y enmendar en la parte que lo exija nuestra antigua legislacion, es para que vivamos en razon y justicia: si desea que nuestro erario público se organice, es para que nuestro ejército y marina sean poderosos y temibles á nuestros enemigos, evitando gastos superfluos, dictando una administracion sábia que los corrija, animando la industria nacional, cortando las trabas infinitas que detienen á nuestro comercio, y aliviándonos en la parte posible de los pesados é indiscretos tributos que nos han agoviado hasta aquí, y han aniquilado nuestra agricultura y todos nuestros recursos. En fin, conociendo vuestro carácter fiel y religioso, desea no interrumpir vuestro fervoroso zelo, y os promete que mantendreis, á imitacion de vuestros mayores, nuestra santa religion católica en toda su pureza, y que será la dominante y única, como hasta aquí, en todas nuestras reynos. ¿Y qual es la recompensa que el grande Emperador de los franceses exige de vosotros en circunstancias de tanto conflicto para toda la nacion? Que vivais con tranquilidad; que cuideis de vuestros domicilios;

que no os entregueis ciegamente á los fatales desórdenes que son inseparables de las insurrecciones y asonadas, y que espereis con pacífica confianza mejorar de suerte y de fortuna baxo el mando de un Monarca virtuoso, que os mirará con el afecto paternal que han experimentado sus vasallos, inseparable de su bondad. Españoles dignos de mejor suerte, evitad la temible anarquía que os amenaza: mirad por vosotros y por vuestros inocentes hijos y familias. ¿Qué fruto esperais coger de los movimientos y turbaciones á que la inconsideracion ó la malevolencia os han arrastrado? Propietarios ricos y acomodados, que gozais en paz de los bienes y conveniencias que los servicios ó la industria de vuestros mayores os habian grangeado; labradores honrados, que de vuestro sudor esperais la subsistencia de vuestras familias; artesanos aplicados, que sois felices trabajando en vuestros hogares, rodeados de las prendas de vuestro amor; comerciantes y fabricantes industriosos, que quereis conservar el producto de vuestros afanes y economías; ciudadanos de todas clases, que teneis un pasar honesto, debido á vuestra arreglada conducta: mirad el riesgo á que os poneis si os dexais seducir de los que excitan inquietudes entre vosotros: estais en próximo peligro de perderlo todo; y ¿qué esperais en cambio de tan costoso sacrificio? ¿con qué esperanza, ni medianamente fundada, os lisonjean los que os hacen ser desobedientes á las autoridades que os gobiernan, y sacudir el saludable yugo de las leyes? La anarquía es el mayor azote que Dios envia á los pueblos: durante ella, la licencia y el desenfreno saquean, queman, talan, cometen toda especie de desórdenes: los hombres de bien son ordinariamente sus mas seguras víctimas: por fin, el abismo del mal hace abrir los ojos; ¿y qué es lo que entonces se vé? nada sino ruinas y horrores, y no alcanzar con la vista ni el fondo ni la orilla de este mar de calamidades.

„Creeríamos faltar al afecto con que no podemos menos de miraros como miembros todos de una misma familia, al amor que tenemos á nuestra dulce patria, y aun á nuestra conciencia, si no os hiciéramos esta triste pintura de los males que á todos nos amenazan; triste, pero que nada tiene de exâgerada. Y son estos solos los males á que os expone la indocilidad y la in-

subordinacion? Ah! por fortuna vosotros no conoceis quales son los estragos de la guerra intestina. La España se ha visto preservada de este azote por espacio de un siglo; y sin embargo de haberse pasado tanto tiempo, todavía no ha convallecido de los males y ruinas que á principios del pasado vinieron sobre ella. ¿Por que no vivirán todavía algunos de los que fueron testigos de estos males, para que su experiencia nos preservara ahora de ellos? Indefectiblemente vais á provocarlos y atraerlos sobre nosotros, si no ois la voz del gobierno, y si desechais estos consejos fraternales. ¿Y como resistireis á las terribles fuerzas que se os opongan? Nadie disputa el valor á los españoles: conocemos que sois capaces de grandes esfuerzos, y de emprender acciones arriesgadas; pero sin direccion, sin órden, sin concierto, estos esfuerzos son vanos; y reuniones numerosas de gentes colecticias, al aspecto de tropas disciplinadas y aguerridas, se desvanecen como el humo. No os lisonjéis con la idea de poder obtener sucesos en esta lid: si no en el valor, en los medios es muy desigual para vosotros: al fin sucumbireis, y todo está perdido. Es preciso no disimularoslo: la salud pública no puede ya depender en este momento sino de que todos nos reunamos de corazon al nuevo gobierno, y le ayudemos en la regeneracion que está disponiendo para la felicidad de nuestra patria. Es cierto que hemos llegado á una situacion lastimosa; ¿Pero á quien la debemos? ¿Quien nos ha reducido á ella sino el gobierno caprichoso, indolente é injusto en que hemos vivido por 20 años? ¿Qué resta, pues, sino prestarnos sumisos, y aun contribuir cada uno por su parte á que se organice otro gobierno nuevo sobre bases sólidas que sean la salvaguardia de la libertad, de los derechos y propiedades de cada uno? Esto es lo que desea, y en esto se ocupa para nuestro bien el invicto Napoleon, que quiere merecer bien de nuestra patria, y pasar á la posteridad con el nombre de restaurador de ella: no opongamós estorbos á esta regeneracion, ni á los inmensos bienes que en la actualidad pueden resultarnos de estar íntimamente unidos con este poderoso aliado. La paz general puede mirarse como segura en este momento en que el nuevo Rey de Inglaterra, cuyos principios pacíficos son bien conocidos, se ha rodeado de otros ministros que es de esperar no sean, como sus predece-

sores, los enemigos eternos del reposo del mundo. ¿Qué tanto sentiríamos que malograrseis con vuestra indiscreta conducta estas felices disposiciones para la consolidacion de la pública felicidad de la España, que tantos desvelos cuesta á nuestro generoso Protector? Estos son los sentimientos que han procurado inspiraros el Sermo. Sr. Lugar-Teniente General del reyno, la suprema junta de Gobierno, y el consejo de Castilla, que son las autoridades primeras de la nacion; y de los mismos deseamos nosotros que os penetreis, para que restituidos á la tranquilidad y al órden, lo espereis todo de la mano poderosa y benefica en que está puesta nuestra suerte. ¿Quiera el cielo que esta sincera exórtacion, que nos dicta el mas apasionado patriotismo, obre en vosotros el efecto de contener y reprimir á los díscolos que intenten conmovemos; y que desde ahora reynen entre vosotros la paz y la confianza! Bayona 8 de junio de 1808.

Firmados: El conde de Orgaz. — Manuel de Lardizabal. — Vicente Alcalá Galiano. — Sebastian de Torres. — Antonio Romanillos. — F. el duque de Híjar. — El duque del Infantado. — J. el marques de Santa Cruz. — V. el conde de Fernan-Núñez, duque de Montellano y del Arco. — F. el duque de Osuna. — José Colon. — M. el conde de Santa Coloma y de Fuenclara. — D. Raymundo Ettenhart y Salinas. — Zenon Alonso. — Francisco Amorós. — Pedro de Torres. — Ignacio de Tejada. — Pedro de Porras. — Andres de Herrasti. — Cristoval de Góngora. — Luis Idiaquez. — El duque del Parque. — Domingo Cerviño. — Pedro Cevallos. — Miguel José de Azanza. (*Gaceta e extraordinario de Madrid del martes 14 de junio de 1808.*)

APTICULO 18.

Sobre los Liberales y los Serviles.

El encarnizamiento con que algunos hombres, si se quiere honrados, acusan á los llamados *liberales*, que diz se han aparecido entre nosotros, como los duendes, me excitó la duda de si serian algunos herejotes, ó judíos, ó descendientes de algun Morisco: si serian jacobinos, si fracmasones, si pobres ó ricos.

La voz *Liberales*, decia yo, se deriva de *liberalidad*, que si no cambio los frenos, es cosa como de largueza ó generosidad: y de consiguiente aquellos serán unos hombres francos, que todo su placer le pondrán en hacer bien al próximo, sin esperanzas de tornas, y solo por amor á sus semejantes. Pero no, reponia, no serán estos los liberales que tanto asustan las conciencias puras, pues la beneficencia une los corazones: fuera de que conozco yo á muchos, que léjos de hallarse en disposicion de socorrer á otros, necesitan de la caridad cristiana para vivir.

Cansado de discurrir sobre la naturaleza de semejantes *avechuchos*, elegí el partido de exáminar de cerca su conducta y sus máximas; y para ello tomé asiento por temporada en las galerías del Congreso, porque se me aseguró, que en el tenian guarida los *liberales* de *tomo y lomo*; y me eché la cuenta de que conocidos estos, *mutatis mutandis*, se conocerian los medianos, los menores, y los chiquitos; como si dixeramos, conocido el Provincial, poco mas ó menos se columbra la pinta de los Definidores, Guardianes y demas.

Meses enteros consumo en satisfacer la maldita curiosidad, y de la mas escrupulosa observacion sobre los *liberales* que descuellan en las Córtes, saqué en limpio, que eran "unos hombres como los demas; que visten segun se lo permiten sus haberes; que su ilustracion les hace no aprobar sin un detenido exámen las proposiciones que se les ofrecen; que emplean las luces de la crítica para hallar la verdad: estan al nivel de las circunstancias del tiempo en que viven: aborrecen la tiranía, la arbitrariedad y la negra supersticion: conocen lo que vale el Pueblo Español, y no pueden tolerar que gima baxo el látigo afrentoso del despotismo: prefieren á todos los Gobiernos el de la Monarquía templada: y en una palabra, defienden la justicia de los derechos del hombre, y el partido honroso de nuestra *libertad*, de donde sin duda tomaron el nombre de *liberales*, con el qual intentan desacreditarlos sus contrarios.

Estos son en la mayor parte (a) unos hombres machuchos,

(a) No se nos crea tan inocentes que tengamos por tales á todos los serviles. Los hay que conociendo lo bueno, no lo siguen por malicia y por apego á las comodidades que les proporcionan los antiguos errores.

no de torcida intencion, chapados á lo de la media edad, que no quieren que salgamos del paso que llevabamos quando empezó el fandango de la revolucion; juran en el Farinacio y Reinfestuel; y olvidados de lo que han sido los Españoles en los tiempos de su poder y de sus glorias, impugnan á los *liberales*, aunque propongan cosas conformes á las ideas de los Jaymes y Alfonsos, por que se les figuran transpirinaicas por el orden geométrico y por el estilo con que las presentan, muy distante del que usan Gomez y Laraga en sus obras de *legislacion y de moral*.

Son los tales Señores (á quienes la voz comun conoce por *serviles*) tan adictos á su opinion y tan apegados á su creencia política, que no se dan á partido ni aun en aquello en que la tenacidad provoca la risa y la compasion de los demas. Vaya un exemplito. El uso general de la Europa ha introducido cortarse el pelo: nadie ignora que nuestros antiguos los mas valientes y mas católicos llevaban la cabeza monda y lironda; y hasta los mas juiciosos convienen en que no se deve ser el primero ni el último en adoptar las modas. Pues los corifeos del *antiliberalismo* son tan testarudos en sus manías, que le hay entre ellos que conserva la coleta y los rizos como pudiera hacerlo con una reliquia; y ha jurado presentarse con ella el dia del juicio al Padre Eterno, para acreditar á la faz del mundo su cordura y su religion.

Lo que sucede con la coleta y los rizos, pasa con los negocios que se llevan al Congreso. Si no aparecen con calzas atacadas, es decir, si algun hombrecito de citizen y sombrero redondo, indica alguna providencia aunque funde su utilidad sobre los santos Evangelios y sobre las leyes del *Fuero de las Fazañas*: héte aquí que mis veteranos la atacan en guerrilla y en columna cerrada, hasta que consiguen destruirla ó detenerla: y quando son vencidos, llaman en su auxilio las tropas chamuscadoras, que sin oir razones entregan á las llamas quanto se les pone por delante, y con ellas dividen la opinion de los que por no estudiar las costumbres y las leyes patrias, toman el camino mas corto de descansar sobre la palabra de otro.

Ni se crea que una gran parte de los serviles proceda así por malicia; nada de eso; es porque no saben mas, y porque avergonzados con su ignorancia, no tienen docilidad bastante para preguntar, ni estan en edad

de aprender: desacreditan al proximo y sacrifican al pueblo por amor de Dios, pues se persuaden que este Señor, fuente de sabiduria, se complace con las hogueras sagradas: no se curan de que los hombres gocen los derechos que les dió al nacer: y con un zelo indiscreto no dexan piedra por mover, para que todo vuelva al camino que nos conduxo al borde de la perdicion; y muera quien muera, y caiga quien caiga.

Semejantes los serviles á aquel leguito santo que en la India, degollaba á quantos niños regeneraba con el agua baptismal, para que fuesen á gozar de Dios: diablitos al infierno dicen: guerra á los liberales: asegúrese el imperio de la media edad; conservense ilesas las *loables costumbres del viejo Palacio*; y mas que el Pueblo gima en la servilidad, nada importa: en el otro mundo lo encontrará en descargo de sus pecados, que han traido esta maldita guerra que nos vá dexando en cruces.

Si se trata de poner coto al poder de los que nos mandan; si de dividir las funciones del Gobierno, murmuran; si de declarar que la Nacion es mas que el Rey, chillan como murciélagos; si de asegurar la libertad individual del ciudadano, compadeciendo el olvido en que yacen los Mateu y otros criminalistas, sostienen la suavidad y justicia de los *perrillos*, y de las pesquisas y delaciones del tiempo de Godoy; y finalmente, si se resuelve que el Español recobre el derecho de manifestar sus opiniones por medio de la imprenta; se amotinan: unos gritan impiedad; otros se desmayan, y todos se apresuran á arrimar sus trémulos hombros para sostener el edificio churrigueresco de las judicaturas de imprentas y de Cante-ro: y todo lo hacen por que no creen que *estamos revueltos*, y se figuran ver ya los horrores de París quando el desenfreno de la democracia.

Acuérdome, no sin lástima, de lo que en cierta ocasion sucedió en uno de los cuerpos supremos de la magistratura española, do se cobijaban no pocos de los que ahora llamariamos serviles, tratandose de la libertad en los abastos. ¡*Libertad!* gritó uno de los mas estirados, hecho un energúmeno, *esa perdió la Francia*, y *no he de tener parte en que también nos pierda à nosotros*: y sin mas ni mas sancionó la esclavitud, y con ella el mal estar de sus conciudadanos.

Estemos seguros de que ni los liberales ni los serviles quieren á Napoleon: que la guerra entre las dos Na-

ciones nace de que los primeros no contentos con que España venza al tirano, intentan destruir el despotismo, y consolidar el poder de nuestro imperio para que seamos tan libres dentro, como independientes fuera de nuestra casa: y los segundos aborrecen á los gabachos, pero creen que lo mas santo y lo mejor es acabar con el tirano de Europa, sin hacer mudanzas en las cosas domesticas; y lo creen porque no cuentan con que dexándolas segun se estaban, nuestros hijos, ó á mas tardar, nuestros nietos, volverán á ser vendidos como lo fuimos nosotros; y no faltarán españoles que acudan á otro mercado como el de Bayona, con sus escribanos y escribientes al canto para alargar el documento de enagenacion en todo derecho y propiedad.

Y siendo de una naturaleza tal la contienda, ¿no habria medio de conciliar los animos, y de traerlos á partido? Aunque difícil, no me parece imposible, *maxime* después de la derrota que uno de los beligerantes acaba de sufrir segun el Boletin inserto en la Abeja: y contando con la generosidad del vencedor. En este caso pudieran abrirse las negociaciones por medio de unos Preliminares arreglados sobre los puntos siguientes.

1.º

Paz y quietud entre los altos contratantes: olvido de lo pasado, y union en Cristo y con la pobre España, que no debe ser victima de disputas políticas.

2.º

Abolicion para siempre de los epitetos de *liberales* y *serviles*; *exáltados* y *entumecidos*.

3.º

Se proscribirán para siempre las imputaciones de *francmasonismo*, *heregía*, *ateismo*; de *ignorantes*, *agentes del despotismo*, y *restos de la sinagoga curial*, que en el calor de los combates se emplearon; y se declararán armas prohibidas en todo género de guerra terrestre, marítima, aérea, de pluma, de palo y de pelo.

4.º

Se ofrezcan unos y otros eterna cachaza y sufrimiento, para oirse reciprocamente, y para exâminar sus res-

pectivas proposiciones con aquella magestuosa é imperturbable calma con que el Congreso oyó las voces de la *conspiracion de marras*.

5.º

Los *liberales* se allanarán á no agolpar las ideas, por no descargar demasiados rayos de luz sobre los que no pueden abrir sus ojos para recibirlos tan aína, como á ellos les place derramarlos.

6.º

Otro si: los *liberales* se obligarán á no valerse en sus arengas de una sublime eloquencia, á no usar elenismos ni arcaismos, y á presentar sus ideas de modo que las entiendan los *homes buenos*.

7.º

Item: los susodichos *liberales* apoyarán sus proposiciones en las antiguas leyes y costumbres españolas: y en las doctrinas de nuestros mas célebres escritores, en los quales se encuentran todas las ideas de la política, de la economía, y de la ciencia canónica, que por mengua nuestra pasan por extranjeras.

8.º

Si los *rancios* se convienen en todo, se extenderá el tratado definitivo de paz, retirándose á sus cuarteles el ejército poderoso que mandan los acreditados Templeque, La Sofisteria, Panzoqui, Ostiones, Barbatrompa, Cañuti, Oca, Borrajas &c.

9.º

Mas si no se avienen, se romperán las hostilidades, empleando la fuerza irresistible del ridículo, para acabar con sus huestes.

El Conciliador.

CADIZ:

IMPRENTA PATRIOTICA. 1812.

A cargo de Verges.